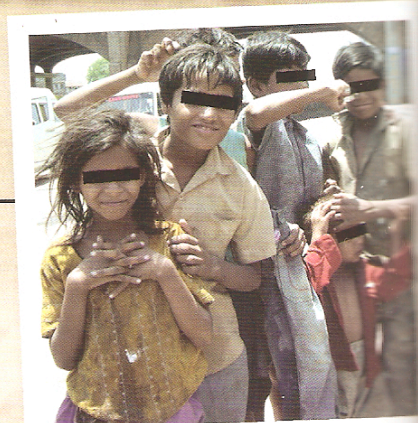


# LA INFANTILIZACIÓN MIGRATORIA EN ESPAÑA



# NINOS DE NADIE

Buscadores de un sueño que queda tan solo a 1500 kilómetros a través del estrecho de Gibraltar, cientos de menores provenientes de Magreb – Marruecos, Túnez y Argelia- llegan cada año como ilegales dispuestos a sobrevivir a cualquier precio. El problema se ha convertido en un limbo legal para el gobierno español, que hace imposible repatriar a estos infantes que se agrupan en comunas callejeras, vinculadas al tráfico de drogas y la prostitución

Juan Carlos González Díaz  
Desde Barcelona

*“Soy una raya en el mar, fantasma en la ciudad,  
mi vida va prohibida, dice la autoridad”*

*Manú Chao*

**B**arcelona es una ciudad *pop*. En el mundo de hoy, interconectado y fusionado en temas tan amplios como la moda, la música y el diseño, esta ciudad mediterránea ha hecho méritos para posicionarse como destino de actualidad. Barcelona es, en muchos sentidos, la ciudad soñada de la postmodernidad televisiva. Se hace para la gente, se critica a sí misma, es hedonista y alternativa. Impelable.

Desde los Juegos Olímpicos de 1992, Barcelona se convirtió en ícono de oportuni-

dad y progreso. Hoy, es la tercera ciudad europea en términos de inversión recibida, y en el año 2008 albergó la visita de más de seis millones y medio de turistas. Ciudad de oportunidades, cosmopolita y multicultural (que no es lo mismo que intercultural, pero ese sería tema para otro reportaje), innovadora en el aspecto urbanístico, donde el sueño de la clase media puede verse realizado: consumo, cultura y calidad de vida. Un imán casi perfecto que atrae a miles de personas cada año.

Pero en la orbe globalizada en la que los estilos de vida son difundidos, admirados, rechazados y copiados, mostrarse al mundo de la forma como lo ha hecho Barcelona, se paga caro. A esta ciudad llegan cada año miles de personas desde todas partes del mundo, buscando participar de una fiesta a la que muchas veces no fueron invitados.

## Barcelona detrás de cámara

Niños y adolescentes provenientes del Magreb (enclave geográfico que incluye Marruecos, Túnez y Argelia) son parte de ese grupo de soñadores. Con edades entre los 11 y 17 años, estos jóvenes se juegan la vida viajando debajo de un camión para entrar en España, aunque muchos también llegan camuflados en carros de otras familias. Desembarcan en Andalucía, pero esa comunidad es sólo un lugar de paso, ya que su destino final es Madrid o Barcelona.

Alejados de metrópolis más grandes y caras como Berlín o París, o con leyes de inmigración más severas, como se aplican en Inglaterra o Suiza, crecientemente colectivos de niños y jóvenes del Magreb, escogen Barcelona por varias razones: es la ciudad con la comunidad marroquí más grande de toda España; Barcelona es también una región de paso, de espera y salida para aquéllos que quieren seguir su camino hacia el resto de Europa.

Pero los menores también vienen atraídos por razones más sencillas. Lo que ahora se vive es, en gran medida, el movimiento de los chicos que al acabar su difícil niñez, buscan un proyecto de futuro, imposible para la mayoría si se quedan en sus países, países víctimas de una fuerte crisis económica y social, deficitarios en materia laboral, de escolarización, de infraestructuras, cobertura sanitaria o siquiera de mínimas garantías de acceso al agua potable o electricidad. Para los adolescentes magrebíes que están en la ribera próxima del mediterráneo, la opción de emigrar es también la convicción de que la forma de vida positiva y exitosa es próxima, está al alcance. Son «sólo» mil quinientos kilómetros de distancia.

## La modernidad, a cualquier precio

Entre España y los países del Magreb existen grandes diferencias. Es natural que la gente decida emigrar: «Quien tiene un poco de cabeza se va a Europa. Conozco mucha gente de mi barrio que se ha marchado y que ha conseguido mejorar su situación. Veía en la tele cómo era Europa y quería ser como ellos. Esa es la verdad», cuenta Mohamed, originario de Marruecos. Lo sorprendente es el hecho de aventurarse a viajar solos, con tan corta edad. Estos menores no son un colectivo uniforme, sino que responden a realidades sociales y humanas muy diversas. Han fracasado en la escuela. Proviene de familias numerosas. Muchos de ellos se han visto obligados a trabajar desde niños: aprendices de carpinteros, mecánicos, electricistas, limpiando y vendiendo pescado, comerciando con ropa y productos al detal. Trabajando, han tomado la decisión de emigrar.

Es un mundo de varones. Las menores magrebíes tienen asignados otros papeles, más cercanos al tráfico sexual. En cualquier caso, es la infantilización de los procesos migratorios, la cara joven de la pobreza. Se trata de niños que son capaces de recorrer largas distancias separados de sus padres, buscando alguna oportunidad de ganar algo de dinero para enviarlo a la familia, pero también para ingresar en la corriente del mundo que aparece por los medios de comunicación.

Cataluña —especialmente en Barcelona, su capital— es la comunidad de España que ha recibido mayor número de menores no acompañados en la última década. Sólo el año pasado se produjeron en Cataluña 431 nuevas llegadas de jóvenes no acompañados, 65 por ciento de los cuales era de origen magrebí.

Como son niños, no pueden pagar los servicios de las mafias que trasladan a los emigrantes hacia España a bordo de las precarias embarcaciones llamadas «pateras». Por eso, la mayoría de los menores se trasladan a España como polizones de un barco, debajo de camiones o de autobuses que embarcan en los ferrys que cruzan el Estrecho de Gibraltar (principalmente desde Tánger). Su tamaño reducido les ayuda a esconderse en los recovecos. Cualquier grieta sirve.

Normalmente, los menores preparan la salida observando los puntos del puerto donde puedan colarse. Si se presenta la oportunidad, acuerdan de palabra con algún conductor de camión. Mientras que otros —los menos— pactan en el lugar con los propietarios de las embarcaciones. El coste del viaje es entre 500 y 1.500 euros según un estudio realizado por *UNICEF-Marruecos* en el año 2004.

«Nunca le conté a mi familia mi intención de emigrar, aunque seguramente lo sospechaban. Llegar a España se convirtió en una prioridad. Cuando ya estaba a punto de cumplir 16 años lo conseguí. Una noche, un amigo y yo nos escondimos encima del depósito de gasolina de un autobús. Allí estuvimos 10 horas sin movernos, hasta que el autobús se paró en un pueblo de Granada. Bajamos ocho chavales: mi amigo y yo, y seis más que no sabíamos que estaban», así cuenta Mourad su aventura para llegar al sueño europeo.

También hay otros que no pagan el trayecto con la excusa de que son menores y entonces, una vez en España, las mafias los raptan para introducirlos en la prostitución y en el tráfico de drogas. Muchas de sus familias no les impiden que vivan la aventura. Es más, pueden llegar a animarles. Lo que nadie les explica es que legalmente no pueden empezar a trabajar hasta los dieciséis años. Por eso, al llegar a Barcelona, se encuentran con un mundo que nada tiene que ver con La Sagrada Familia o el Camp Nou, y sí mucho más con el abandono y la mendicidad.

## Los centros de acogida: del tutelaje al retorno

Fue a principios de la década cuando la llegada de menores magrebíes empezó a ser tema de preocupación en la ciudad de Condal. Para esa fecha, la inmigración desde el Magreb ya venía en aumento en otras ciudades europeas como Copenhague, Bruselas, Lisboa, Dubái, Milán, o Zúrich. Barcelona no estaba preparada para manejar este fenómeno y la calle empezó a ser su refugio. Un escándalo mediático fue total cuando se descubrieron a poco más de tres años viviendo debajo de un puente frente al Teatro Nacional de Cataluña. Por aquella época se calculó que vivían en la calle alrededor de trescientos niños de origen magrebí.

«Allí estuvimos diez horas sin movernos, hasta que el autobús se paró en un pueblo de Granada. Bajamos ocho chavales: mi amigo y yo, y seis más que no sabíamos que estaban»

«Quien tiene un poco de cabeza se va a Europa. Conozco mucha gente de mi barrio que se ha marchado y que ha conseguido mejorar su situación. Veía en la tele cómo era Europa y quería ser como ellos»





«A esta ciudad llegan cada año miles de personas, desde todas partes del mundo buscando participar, de una fiesta a la que muchas veces no fueron invitados»

¿Cómo una ciudad que se ofrecía al mundo, gobernada por la izquierda progresista, podía permitir que frente a sus narices se reprodujera una situación como aquella? El gobierno catalán decidió entonces aumentar la inversión en asistencia para este colectivo, así como modificar una ley para permitir la tutela y reclusión de los menores no acompañados, «con fines educativos».

Lo cierto es que la situación de los menores sigue siendo compleja desde el punto de vista jurídico por su doble condición: por una parte, inmigrantes irregulares, con la restricción de derechos que esta situación comporta, y, por otra parte, menores de edad, que se les garantiza una protección que no siempre coincide con la ayuda que ellos desean, pero en todo caso es a la que tienen derecho. Ellos quieren trabajo, pero la ley sólo les ofrece un lugar donde comer y dormir y, con suerte, un trámite para vivir legalmente, si no los envían de vuelta antes a casa.

Las comunidades autónomas españolas más afectadas por el fenómeno de la llegada de menores solos (Andalucía, Madrid, Cataluña, Euskadi) ponen en práctica criterios diferentes para atenderles. En el caso de Cataluña, los menores de procedencia extranjera son atendidos por la Dirección General de Atención a la Infancia y la Adolescencia (DGAIA), y se encuentran acogidos en los centros que forman parte de la llamada «Red pública de protección» (que incluye los centros de acogida, cen-

tros residenciales de acción educativa y de inserción laboral y pisos asistidos). Pero que nadie se engañe: la idea que pasa por la cabeza del gobierno de Barcelona es, palabras más o menos, no tenerles en la ciudad. Estudian cada situación, preguntando a los menores magrebíes cuál es su proyecto migratorio, intentando convencerles de que vuelvan a casa, favoreciendo la reagrupación familiar y el retorno antes que la inserción en sociedad.

El problema es que estos niños no se toman la molestia de arriesgar sus vidas viajando debajo de un camión para consentir una vuelta a casa con las manos vacías. Por eso muchas veces prefieren la calle, o rotar de albergue en albergue antes que regresar a sus países. A su favor juega el hecho de que los trámites burocráticos tardan mucho y permiten que estén por largo tiempo en un limbo legal. Los acuerdos internacionales no permiten la repatriación de menores no acompañados, y aunque el número de propuestas de retorno realizadas por las distintas Comunidades Autónomas de España va en aumento, el número de repatriaciones que efectivamente se han llevado a cabo todavía es bajo.

Aun así, organizaciones humanitarias como *Human Right Wacht* ya han notificado en diversas oportunidades las arbitrariedades que se cometen con las repatriaciones de muchos de estos menores: policías que entran a los centros de acogida en horas de la noche y se lleva a la fuerza a los jóvenes hasta ponerlos en un avión de regreso a su país; la entrega de los menores a la policía de frontera en Marruecos sin atención a ningún protocolo que defiende su integridad; la construcción de cuatro centros (en Tánger, Nador, Be Mallal y Marrakech) que albergan a aproximadamente doscientos menores repatriados, sin tomar en cuenta planes de reinserción efectivos, son algunas de las medidas tomadas por un país como España, que en muchos casos hace notables esfuerzos por controlar el flujo migratorio, resistiéndose a una realidad que no desaparecerá con policías ni leyes.

¿Qué hacemos con estos chicos?, parecen seguir preguntándose la Barcelona y la España de las oportunidades. Y mientras le buscan una respuesta, los chicos siguen llegando. Sus sueños de alcanzar la modernidad, continúan viajando debajo de los camiones. ■

«Cataluña es la comunidad de España que ha recibido mayor número de menores no acompañados en la última década. Sólo el año pasado, se produjeron en Cataluña 431 nuevas llegadas de jóvenes no acompañados, 65 por ciento de los cuales era de origen magrebí»



Foto: Juan Carlos Vega